

con acento

El rival más débil

Marisa Regueiro

Desde hace ya algunos meses, la televisión pública ofrece un concurso de preguntas de cultura general que un grupo de nueve participantes deben contestar en ocho rondas, no sólo para ganar un premio en metálico, que sea un justo reconocimiento a su superioridad cultural, sino para no ser declarado *el rival más débil*.

Todo podría quedar en esa declaración –ya de por sí irritante, por su carácter negativo–; pero la «distinción» va mucho más allá. La presentadora, la actriz Nuria González, como una de las harpías que robaban al pobre Eneas su comida, interpreta a una especie de siniestra Señorita Rutermeier de luto riguroso, que, en lugar de señalar simplemente la incorrección de los sufridos participantes, lo que hace con un marcado tono antipático, insulta al perdedor con frases supuestamente ingeniosas. Sólo algunos ejemplos: «*Tienes menos luces que un agujero negro*», «*Necesitas un trasplante de cerebro*», «*Hay quien está pidiendo a gritos que te pongan un bozal*», «*Aquí se viene a ganar, no a perder el tiempo*». La

mofa apunta a zonas tan íntimas de la víctima como «*¿No te da vergüenza estar tan gorda?*»

Tras una expectación siniestra, reforzada con un escenario en claroscuros, caen sobre el rival insultos y vejaciones. También se ofrece esta misma posibilidad, al final, a los concursantes. Es la apología del escarnio, de la agresión gratuita a la dignidad personal. Para colmo, este juego de perverso sadismo ha superado el 21% de cuota de pantalla en la franja horaria de mayor audiencia de público infantil y juvenil.

El programa es la versión española del «*The weakest link*» de la BBC inglesa, pero cuenta con más de veinte versiones en distintos países. El ejercicio de cinismo de la presentadora y el principio darwinista de supervivencia del mejor, en el sentido de la supremacía de la selva, pueden resultar afines al humor inglés adulto; sin embargo, no deja de ser una vulgar muestra de la televisión basura. Hasta hace poco, el espectáculo soez quedaba limitado a los programas de entrevistas a

famosos del papel couché, a los *talk-shows*, a lo popular; pero lo que ahora resulta más grave, es que, desde una pretendida elegancia, se transforme en *basura* a la cultura, aunque sólo sea la general.

El mensaje último del programa que la televisión pública, la que pagamos todos con nuestros impuestos –más los pingües beneficios de la publicidad que los sufridos televidentes soportamos–, ha copiado, haciendo gala de un papanatismo peligroso, es que no hay límites éticos, que la persona y la superioridad del saber y de la cultura son una falacia.

Esto es lo que reciben los niños y jóvenes desde la pantalla, al llegar de la escuela. Luego podrán decirles sus padres o sus profesores que es importante estudiar, saber más para superarse, para ser mejores seres humanos: sus consejos caerán en el saco roto de la vulgaridad asimilada en las tardes de televisión pública. ■